

Ignacio Solares, *La Invasión*. México, Alfaguara, 2005.

Es frecuente observar el hecho de que algunos países tengan una abundante riqueza en el desarrollo de su historia y estén desconectados de ella en su vida contemporánea. Ello implica que sus habitantes la desconozcan, y más aún, que no la puedan aprovechar. Esta es una de las reflexiones que nos provoca la lectura de esta importante novela de Ignacio Solares acerca de un período tan trascendental para nuestra historia mexicana: la invasión norteamericana en septiembre de 1847.

La Invasión: ¿motivo, razón, consecuencia? La mayoría de las respuestas son dadas en toda su magnitud en esta obra y las que no, son sugeridas. El verdadero meollo de la novela es el transportarnos a la vivencia del momento: vivir con personajes reales las circunstancias políticas cuando México era un país joven que estaba luchando hacía veintiséis años por encontrar su camino independiente. Estos acontecimientos gravísimos de 1847 le costarían la pérdida de más de la mitad de su territorio (dos millones cuatrocientos mil kilómetros cuadrados) ante el vecino del norte.

Además del valioso trasfondo de datos históricos, esta novela es costumbrista. Vemos, entre otros detalles, a los personajes en sus modas de levita, rodeados de sus fieles sirvientes en sus casonas de San Ángel y con su influen-

cia europeísta; palpamos la comida mexicana exquisita en aromas y sabores (tamales de hoja, panes, chocolate espumoso, moles, frutas, cocadas); también hacemos un recorrido por las calles de la ciudad de México, por sus callejones e iglesias, y hasta llegamos a presenciar la famosísima pelea de gallos. También es muy interesante que “coincidamos” tanto con gente culta y adinerada, como con gente de clase baja. Inclusive los soldados de ambos bandos están caracterizados en detalle con sus uniformes, armas, entrenamiento, buena o mala alimentación, religiones, ideologías.

A este respecto es importante la aclaración que se hace en la novela del porqué a este período no se le puede llamar "guerra", sino simplemente "invasión", por la desigualdad entre los dos ejércitos: el ejército norteamericano era mucho más numeroso que el mexicano en cantidad de soldados y generales, además de los avances en sus armas, armamento pesado y preparación para la guerra.

Los personajes juegan un papel muy importante en el relato. Una de las descripciones más impactantes es la del personaje médico —el inolvidable doctor Urruchúa— a quien constantemente oímos hablar con admiración de los descubrimientos europeos, y que gracias a

él nos enteramos cómo se comenzó a experimentar con gotitas de anestesia en este país, como un recurso novísimo para evitar el dolor en los pacientes antes de ser operados. También lo oímos desesperarse expresar su opinión acerca de la situación de salubridad e higiene; por ejemplo, que ese mismo año los habitantes de la ciudad habían sido víctimas de una epidemia de viruela.

El trasfondo histórico es constante. Vamos viendo el desarrollo de las negociaciones entre las dos naciones jóvenes —de nuestro lado con nuestros pésimos políticos del momento, como el general Antonio López de Santa Anna— hasta la descripción de los pasos que el ejército norteamericano siguió al invadir nuestro territorio, dirigido entre otros generales, por Winfield Scott. Este ejército, que dirigían generales profesionales, era inmensamente superior al nacional. Se describe cómo fueron las batallas y las tomas de Veracruz, Puebla, Molino del Rey. Hubo algunos intentos para detener a los invasores, como son la heroica lucha que dieron en 1847 los alumnos de la Escuela militar del Castillo de Chapultepec y la batalla del Convento de Churubusco, lugar que —dicho sea de paso— fue el magnífico escenario donde se presentó este libro al ser publicado. Es interesante ver cómo, a pesar de que los líderes políticos del país —que en este caso era el general Santa Anna y sus militares— no responden con el patriotismo y valentía que requiere el momento, pero sí lo hace el pueblo con la resistencia civil:

—La señora de los tacos, que le echa de su veneno para ratas a la comida de un soldado yanqui.

- Los francotiradores, que son sombras por la ciudad que aparecen y desaparecen.
- El pueblo con cuchillos y palos que sale a las calles para defender a su país, a pesar de que sabía que el ejército mexicano estaba replegado lejos.

En esta novela la narración fluye casi siempre de manera ágil y hasta a veces con toques poéticos; por no tener una extensión muy larga es de lectura bastante rápida.

Ignacio Solares demuestra tener a la vez, tanto un profundo conocimiento de los hechos históricos de aquel periodo inestable, como también una pasión irreprimible por el tema. (Influye el hecho de que él sea oriundo de Chihuahua, un estado en el norte). Y ambos son los motores que empujan al lector a avanzar a través de las páginas para enfrentar los hechos y convivir con los personajes como el doctor Urruchúa, o el enigmático y eficiente guerrillero español padre Jarauta, que al grito de “¡Viva Cristo Rey, mueran los yanquis!” causó tantas bajas entre los soldados estadounidenses, hasta que fue capturado y fusilado por el general Anastasio Bustamante.

El tema no sólo es relevante para Solares, está en muchos ámbitos de los que no somos a veces conscientes ni medimos su impacto. Hace años tuve una experiencia muy fuerte al dar una clase de español inicial a un profesionalista coreano muy distinguido, que tenía poco de haber llegado a México. Apenas empezaba a comunicarse en este idioma, cuando en la clase señalaba con su dedo el mapa de la República Mexicana y preguntaba con mirada inquisitiva en su poco español acerca de

los territorios de Texas, Nuevo México y Nueva California que habíamos perdido con los acontecimientos de 1847. Ese hecho era inconcebible para él. Por más explicaciones que yo le daba —el Tratado de Guadalupe, Santa Anna, traición, indemnización, la Doctrina Monroe— no había ningún argumento que le hiciera comprender el motivo por el cual este inmenso país había permitido perder tal extensión territorial. Como se puede apreciar, ese periodo de la historia de México —la invasión en 1847 y la pérdida de ese territorio en 1848— aún sigue siendo cuestionado por muchos, dentro y fuera del país.

Es impactante la actualidad de los hechos que narra la obra: son problemáticas de índole político y de conflictos entre naciones de tal manera que parece que se estuvieran describiendo acontecimientos que están ocurriendo ahora en el mundo, y no que son de hace 150 años. Por parte de México, nos hace pensar en la situación política actual y preguntarnos si ha variado tanto como uno deseara.

Solares da vida y realismo a su novela al incluir citas de autores relevantes al tema o al momento, desde la Marquesa Calderón de la Barca, Ignacio Manuel Altamirano, Carlos María de Bustamante, José Tomás Cuellar, Francisco Zarco, Juan Nepomuceno Almonte o Guillermo Prieto, entre otros, hasta James K. Polk (presidente de Estados Unidos en aquél entonces), y Sam Huston. Son como pequeños mosaicos culturales variados que matizan y dan comprensión al contexto.

En fin, entre los muchos aciertos que el autor tiene en su novela se encuentran el haberse decidido a tocar esta eta-

pa, el describir los acontecimientos verídicos que están apoyados en una investigación histórica que raya en erudición, y el demostrarnos qué tan actuales son casi todos estos temas.

Erika Ehnis Duhne
CELE y CEPE-UNAM

Decires Revista del Centro de Enseñanza para Extranjeros se terminó de imprimir en los talleres de Grupo Edición S.A. de C.V., ubicados en Xochicalco 619, Col. Vértiz-Narvarte, México, D.F., C.P. 03600, en el mes de octubre de 2006. El tiro consta de 500 ejemplares.

Diseño de portada: Erandi Hernández Sierra, imagen de Benito Juárez: Banco de México. Diseño de interiores y composición tipográfica: Sol Eréndira López Valdez. Cuidado de la edición: Ariadna G. Vaca Moro.